

## Pablos de Segovia: entre insumisión y adaptación

Leonardo Coppola  
*Università degli Studi «G. D'Annunzio» di Chieti-Pescara*

Mirando a los protagonistas de uno de los géneros más representativos del Siglo de Oro, notamos como estos seres marginales, conocidos como pícaros, vuelven de actualidad haciéndose portavoces de los comportamientos del hombre moderno que, a la par del pícaro, se enfrenta con todo tipo de obstáculos que le obligan a buscar alternativas para llegar a «buen puerto».

Por ser así, y volviendo al mero asunto literario, Pablos –el protagonista de la obra picaresca más controvertida, *El Buscón* de Quevedo, por cómo el autor trata a su personaje– nos es presentado como centro de risa en una sociedad estamental en la que don Francisco condena mordazmente a cada individuo a permanecer en el sitio que le corresponde por nacimiento. Pablillo, manchado por su vil origen, pese a perseguir un ideal –el ascenso social–, por mucho que lo intente será castigado por una sociedad que en crisis de identidad y de valores sustituye la honra y la moral con el dinero y las fullerías encarnadas en la burguesía conversa. En este contexto, Quevedo acusará al pícaro de malignidad, manifestando, así, su desconfiada visión de la picaresca y, sobre todo, de su protagonista, considerado como un ataque al tejido social tradicional y conservador.

Cabe señalar que la aparición del pícaro fue el resultado de la insostenible crisis socio-económica del siglo XVI nacida por las disparidades abismales causadas por la polarización entre ricos y pobres (Domínguez Ortiz 1990: 319). Pues si en este entorno Dunn (1950: 377-378) y Maravall (1990: 407) llegaron, por un lado, a considerar el pícaro como un desviado social que por su mala índole rechazaba adrede cualquier tipo de trabajo; por otro, para Bennassar (1983: 203-226), es la sociedad misma la que empuja a la picardía, alejándonos, así, de la imagen de «pecador curtido que deliberadamente rehúye la virtud» (Spitzer 1978: 160).

Pues bien, en *El Buscón* se traspasan los límites de una mera narración picaresca, manifestando, de hecho, también un espesor psicológico en Pablos –me refiero a su postura anagnórica que alterará consiguientemente su comportamiento que no será propio de la maldad nativa con que Quevedo presenta al pícaro–. Sin

embargo, el autor hará prevalecer su visión del mundo y, por fin, su crítica y castigo hacia estos trepadores sociales deshonorados.

A pesar de todo, lo que recalcaremos es la toma de conciencia del pícaro, que, presentándose desde el principio como *self-made man*, manifiesta su deseo de «aprender virtud resueltamente» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 7) para salir de sus orígenes infamantes que le perseguían y condenaban *a priori* en esa sociedad estratificada. Será este choque entre aspiración y sociedad cerrada el que llevará a Pablos, como veremos, a vivir entre insumisión y adaptación; estableciendo, además, también un enfrentamiento entre el protagonista y el autor de la obra.

Empezando por el *Lazarillo*, donde el hambre determina la actuación del pícaro, en *El Buscón* lo es la consciencia de clases sociales en las que hay individuos –y Pablos entre ellos– que procuran trepar. No cabe duda de que los dos quieren salir de la infamia que les oprime, pero mientras el primero es más esencial e intenta sobrevivir; el segundo, aunque lucha con el hambre<sup>1</sup> –tópico del género–, no quiere sobrevivir, sino vivir, mejorar su condición y, por consiguiente, cumplir con aquella ambición que prontamente manifiesta: la de convertirse en caballero. Lo que expone claramente cuando dice que «siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 7).

A partir de allí, para ser caballero intenta ascender por la vía recta, es decir, hacerse hombre instruido e ir a la escuela –una decisión del propio niño (Díaz Migoyo 1987: 23)–, porque, como dirá Pablillo, «sin leer ni escribir, no se podía hacer nada» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 7). Pero la ingenuidad –a la par de los episodios que llevaron *Lazarillo* a despertar de la sencillez, «en que, como niño, dormido estaba» (*Lazarillo*, ed. Rico 2011: 10)<sup>2</sup>, para valerse por sí solo– también se hallará en Pablos. El maltrato que le reservaron los estudiantes por los viles oficios de sus padres, le llevaron a tal confusión que, por fin, decide dejar el camino justo y perseguir otro, esto es: «para mi intento de ser caballero lo que primero se requería era escribir mal» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 14). Es éste el punto de arranque desde el que Pablos se da cuenta de que el ascenso puede producirse solo «arrimándose a los buenos», conducta errónea que, reiterada muchas veces, estará en contradicción con el ideal de caballería. Claro está que si Lázaro determinó «arrimarse

---

<sup>1</sup> Sobre el concepto de hambre en *El Buscón* remitimos a Paradela Jiménez (1999).

<sup>2</sup> Me refiero, claro está, sobre todo al episodio de la calabazada en el toro.

a los buenos» por supervivencia física e humana, es decir, por necesidad real, Pablos lo hizo por una necesidad artificial relacionada a su obsesión por la honra y la apariencia lujuriosa.

Renunciar a la escuela, como deja claro en la carta a sus padres, significa aviarse a la vida caballerescas según los preceptos de una sociedad desviada. Así pues, para mejorar su condición empieza a imitar lo malo y más sencillo de los nobles y altera su identidad, pero, como es obvio, solo satisfará sus necesidades básicas, porque Pablos dejó al lado lo verdaderamente importante para ser caballero: las bases del estamento, es decir, sangre, «linaje y nacimiento» (Molho 1977: 114). Desde aquí, se manifestará inmediatamente la visión de Quevedo, que demuestra como el pícaro en realidad «no pretende exactamente ser caballero, sino engañar, haciendo creer que lo es» (Pérez 2000: 345).

El ejemplo nos lo da la misma caída de caballo, que, presentándose en dos ocasiones –en el iniciático episodio del «rey de gallos» y en la Corte frente a su dama– anuncia el mal agüero y la inclinación hacia el fracaso. El caballo, señal de nobleza, es el elemento indispensable del caballero (Agüera 1973: 39), pero, como Quevedo impedirá la subida a Pablos, la caída de aquel demuestra el castigo por el ascenso intentado con el simple disfraz de «rey de gallos» –primera advertencia de la que no hará caso– y a continuación en el capítulo séptimo del tercer libro, cuando, por ir otra vez disfrazado de gentilhomme, caerá del caballo delante de su dama. De aquí, como el Pablos niño había sido humillado por sus pretensiones acabando «en una [...] privada» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 13), de la misma manera sus aspiraciones terminarán, en época adulta, en un charco de la capital que cruelmente le hará topar con la realidad: la imposibilidad de medro (Ruffinatto 1998: 193). Pues, con estas dos caídas Quevedo explica –como consta también en *La vida de San Pablo Apóstol*– cómo «éste cayó para subir», de dónde concluye con el castigo final de que «la soberbia tropieza volando» (Quevedo, ed. Astrana Marín 1945: 1276)<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> No creo demasiado azaroso explicar el porqué Quevedo utilizó el nombre Pablos para su protagonista: *in primis*, porque, como opina Fernández Mosquera (2004: 10), era el típico apelativo de cristiano nuevo; *in secundis*, porque se relacionaría con la conversión del Apóstol arriba citado. Por estos dos motivos el impedimento de medro se relacionaría sobre todo con la falta de limpieza de sangre de los descendientes conversos, que, como Pablos, se hacían pasar por lo que no eran. Cfr. Walde Moheno (1993).

Pablos, a la manera del Quijote, emprende un viaje ideal y persigue su ambición (Parker 1947: 62)<sup>4</sup>. «Emulo de Guzmán de Alfarache [...] y tan agudo y gracioso como don Quixote» (*Buscón*, ed. Ynduráin 2000: 91)<sup>5</sup> se enfrenta con una realidad desfavorable que le rechaza repetidamente (Rodríguez Mansilla 2005: 149). Además, como el primero que se hizo pasar por el caballero don Juan de Guzmán, y el segundo que se valió del gentilicio «don», acuñándose «una distinción social que no posee» (Rodríguez Mansilla 2005: 150), también Pablos necesita imitar un modelo. Y el suyo será Don Diego. Éste, a los ojos de Pablos, encarnará la ilusión, el medio para alcanzar su deseo; a los de Quevedo, al contrario, la denegación del ascenso presentada como imposible ya con el episodio premonitorio del «rey de gallos» y la venganza humilladora de la sociedad hacia el «mal nacido»<sup>6</sup>.

Muerto el padre —que le dejó una herencia que le permitirá perseguir su ideal<sup>7</sup>—, ya no hace falta un émulo, porque, como dirá el mismo Pablos: «soy otro, y otros mis pensamientos» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 53). Pero, llegado a la Corte, el autor sigue reprochándole la falta de nacimiento ilustre y la imitación de nobles fingidos que convierten en estática e infructuosa su tarea, dejándole, pese a todo, en el mismo punto de partida, para salir del cual habrá de marcharse a Indias (Rodríguez Mansilla 2005: 153-154), que, como dijo Cervantes en *El celoso extremeño*, era el «refugio y amparo de los desesperados de España» (*Novelas ejemplares*, ed. García López 2013: 326).

Pero Pablos jamás cumplirá su sueño porque será, como él mismo declara, «bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 41). En otras palabras, siguiendo al pie de la letra el refrán al que él mismo hace referencia («Haz como vieres»), se comportará solo según los sentidos sociales (lo que veía y escuchaba), es decir, imitando el comportamiento de todos a los que se arrimaba. Por actuar así, será el eterno sumiso al determinismo —«a victim of circumstances, never an agent controlling his own life» (Parker 1947: 58)<sup>8</sup>—, lo que,

---

<sup>4</sup> Sobre el paralelismo con el Quijote véase Rodríguez Mansilla (2005) y la teoría de la emulación en Girard (1985: 10).

<sup>5</sup> Con estas palabras, el librero Roberto Duport se refiere al libro del pícaro segoviano en su «Carta dedicatoria» a don Fray Juan Agustín de Funes, publicada en la edición príncipe impresa en 1626.

<sup>6</sup> Para el falso ejemplo modélico de Don Diego remitimos a los trabajos de Johnson (1974) y Redondo (1977).

<sup>7</sup> A propósito de la visión edípica del *Buscón* en el que el poder del dinero representará la repulsa de la sangre, del Padre y la falsificación de las relaciones sociales véase Molho (1980).

<sup>8</sup> Véase también Williamson (1977: 50).

además de estorbar su ascenso, también reprimirá su personalidad. En este sentido el Quevedo narrador rebasa al Pablos pícaro, enfrentándole con la realidad que le desvelará ser solo un «ente de ficción» y jamás un caballero.

Quevedo, como Unamuno, sobrepasa al protagonista y, con su mudanza, fijará la «muerte» literaria de un personaje que perseguía lo imposible. Por un lado el autor, que encarnaría la sociedad estamental, invalida el libre albedrío del individuo; por otro, en cambio, su huida representará el mismo acto de rebeldía que tuvo Augusto Pérez contra a Unamuno, simbolizando, así, la sedición del hombre que reclama su rescate personal. En este sentido, Quevedo, como constan también Díaz Migoyo (1978) y Lázaro Carreter (1992), se presentará como precursor de la narrativa moderna, porque, como la *Niebla* unamuniana, evidencia una continua «evolución» del personaje que –tomando consciencia de su personalidad, o mejor, de la falta de autonomía, asfixiada por la sociedad– llegará a una decisión que, en realidad, será una resolución propia: fuga a las Indias. Por tanto, paralelamente a Augusto, Pablos con los primeros y constantes fracasos empieza a despertarse y, por eso, a tomar conciencia de su albedrío.

Desde una perspectiva puramente narratológica la obra se acerca más a lo «nivolesco» que –como en el *Lazarillo*– a una novela corta (Díaz Migoyo 1978: 49). Si en éste se justifica un episodio de vida del personaje, el famoso «caso»; en el primero se describe más la formación del individuo y de su personalidad.

Lo que empieza a delinearse en el caso de Pablos parece ser lo mismo que don Miguel había atribuido al protagonista de *Niebla* (ed. Valdés 2007: 46). El hombre actúa como *persona* y como *individuo*: lo primero le lleva a participar socialmente en la vida pública (es lo que acerca Pablos a las fullerías); lo segundo determina el yo, separándolo de los demás para evadirse de la masa picaresca y sucumbir a la sociedad (por lo tanto ajustándose a ella), llegando a una primera manifestación personal<sup>9</sup>. *El Buscón* es precisamente esto: al principio Pablos busca a su ser a través de la persona que para alcanzar su deseo imita a los demás; pero luego, los continuos fracasos alimentarán siempre más su yo hasta empujarle hacia América. Aún así, Quevedo lo deja en la frontera, entre lo social y lo individual; le estorba la salida, la insumisión definitiva. En su caso no hay solución a la contradicción entre el

---

<sup>9</sup> Una primera muestra de este individualismo se evidencia cuando Pablos se aparta de los frailes de san Jerónimo para ir a comer solo.

ser uno de los tantos fulleros y el uno entre los tantos, es decir, Pablos de Segovia, el que ha conseguido afirmar su yo.

A través de este «yo» lapidario con el que Quevedo empieza la obra, el protagonista toma conciencia y se va formando, aunque de forma violenta y engañadora. También el hecho de estar solo –acordémonos del «solo soy» de Lázaro (*Lazarillo*, ed. Rico 2011: 13) o del «Mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 37) dirigido a Pablos– hace que el protagonista forme independientemente su voluntad, enfrentándose con la realidad y sus consecuencias. Rápidamente se aleja de la familia y de las personas que podían «desviarlo», pero el protagonista –por voluntad de don Francisco– actúa siempre de la misma manera, porque, como se dirá al final, no cambiará de «vida y costumbre» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 178). Aunque a lo largo de la obra el autor lo presenta en continuas fullerías, también se demuestra, a través de la ausencia de una definitiva acomodación –que sí tenemos en Lázaro, que por tanto será un ente inmutable pese a su proceso de iniciación personal–, que algo está pasando en el carácter del protagonista que se aleja del lugar en el que vive sumiso.

La única solución que le quedaba, tras los continuos chascos, era abandonar el sitio que le impedía la emancipación; pero, como dirá al final: «fueme peor» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 178), porque para afirmarse habría que mudar-estilo de vida: por ende, dejar de emular a los otros y actuar autónomamente. De cualquier modo, tampoco esto le permite Quevedo.

En este punto nos encontramos a medio camino entre la adaptación llevada a cabo por Lázaro y la insumisión parcialmente perseguida por el segoviano, y nunca verdaderamente alcanzada por falta de voluntad trabajadora que sigue llevando consigo la «pasividad» de autoafirmación de su antecesor. Es por eso que Molho considera *El Buscón* como un «libro concebido para dar al grupo hegemónico [...] la conciencia de su dominación» (1977: 102) sobre el hombre, que, como dirá en otro trabajo, será «prisionero de un predeterminismo sin perspectiva moral que le quita toda libertad» (1980: 41) y que por su ascendencia será condenado a persistir en su bajeza.

Pablos es por eso «un pícaro sumiso para el deleite del público objetivo del *Buscón*: la corte vallisoletana de Felipe III» (Rodríguez Mansilla 2005: 157). El punto de vista de Quevedo, que es el de los poderosos que no permiten la afirmación del

más débil, se dirige así a una minoría de nobles a la que también él pertenecía. En definitiva, don Francisco juzga –a través de Pablos– a los pícaros fundadores del género desde una cruel postura estamental. Mientras éstos luchan contra el inmovilismo para conseguir sus objetivos y, así, se enfrentan con los pilares del falso tradicionalismo presentándose como hombres nuevos; Pablos, dependiendo de su entorno, nunca será un ser libre, sino pasivo, como se demostrará ya en la Casa del Dómine Cabra donde no roba, sino que se finge enfermo hasta la llegada del padre de Diego Coronel que los sacará de allí: no tiene, así pues, espíritu de sacrificio (Garrote Pérez 2003: 955). Dado que Quevedo lo hace hijo de la apariencia, nunca podrá superar su estado, y por eso hundirá cada vez más en su degradación, porque el único valor interior que le atribuye es la infamia de su origen insuperable. Soportando pasivamente las diversas humillaciones, las aspiraciones del pícaro se insertarán así en la visión inmovilista del autor que, por tanto, no le da posibilidad de subida.

Por eso, la única solución será la huida de un país que no permitía cambios sociales, impedidos por una nobleza corrupta. Pablos representa un ejemplo primordial del hombre que quiere salir de su vileza y autoafirmarse –aunque fingiendo<sup>10</sup>–, contestando, por supuesto, su procedencia familiar. Pero Quevedo presenta a un pícaro «lastrado por un invencible deshonor» (Lázaro Carreter 1966: 116) que le condenará al fracaso requerido por los poderosos.

Así pues, *El Buscón*, como reconocen Ayala (1958: 163) y Cros (1975: 108), pone de manifiesto una imagen desvalorizada de la realidad. Pablos, como constata Ynduráin (2000: 20-21), con respecto a sus antecedentes Lázaro y Guzmán, no alcanza una situación desde la que pueda justificar su vida, porque le falta una progresión interna que modifique su forma de ser. Por no comprometerse seguirá siendo el «viajero contumaz» (Lázaro Carreter 1970: 29). Este personaje-cronista externo e interpuesto que pasa revista «a una serie de tipos y situaciones» (Ynduráin 2000: 35) se hace portavoz de la visión irónica de la sociedad, la de don Francisco, el cual, como subraya Rubio Árquez (2006: 293), ya con los términos «ejemplo» y «espejo» incorporados en el título –*Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*–, recalca la esencia costumbrista de la realidad de entonces.

---

<sup>10</sup> Sobre la disimulación del protagonista véase González (1994).

Por ser así, el pícaro representa el testigo de la sociedad con la que puede, o no, solidarizarse. La falta de este compromiso conduce, así pues, a Pablos a distanciarse de sus antecedentes –Lázaro acepta el *ménage à trois* con la criada del arcipreste y Guzmán se esconde en su conversión– y a desplazarse a las Indias.

Si en un primer momento aquellos luchan activamente para alcanzar su fin «deseado» y luego se comprometerán con la sociedad aceptando pasivamente la «cumbre de toda buena fortuna» (*Lazarillo*, ed. Rico 2011: 80); lo mismo no puede decirse de Pablos. Pese a mostrarse pasivo al principio, comportándose especularmente a sus antecesores, por fin, marchándose a las Indias, cambiará de postura, aunque, en realidad, se quedó –para seguir con el diseño sancionador de su autor– en el Imperio Español. Es por eso que, como consta de sus últimas palabras, Pablos afirmará: «fueme peor, como V.M. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbre» (*Buscón*, ed. Cabo Aseguinolaza 2011: 178).

Las Indias, como también confirma Roncero López, representaban la atracción para todos los «que buscaban la riqueza y la movilidad social que se les negaba en la sociedad estamental española»; pues era allí donde los pícaros percibían «la posibilidad de lograr sus aspiraciones de bonanza económica y su afán de medro» (2009: 611).

Mientras Pablos respalda y considera suficiente la mudanza como posibilidad de afirmación, Quevedo condena un traslado simplemente basado en motivos económicos y de medro por ser claramente corrupto y aparente: Pablos es un ser desplazable en el espacio, porque muda de lugar, pero, según don Francisco, perdurable en su maldad, porque no cambia su actitud.

Con la mudanza Pablos se encuentra delante de la última posibilidad que le podría sacar de su lucha entre la insumisión (deseo de reafirmación) y su adaptación (desánimo por la imposibilidad de ascenso social)<sup>11</sup>. Pablos vive agónicamente entre llegar a ser caballero o comprometerse con la sociedad. Situarse entre estos dos polos significa, pues, quedarse atrapado entre la ilusión y la realidad amoldadora; estar en el medio de una vida deseada y forzada. ¿Y cuál es la solución? Pues, según Pablos, el simple desplazamiento de sitio, que para Quevedo no es suficiente.

---

<sup>11</sup> Sobre esta conducta debatida léase Mollfulleda (1992: 765-766).



Claro está que quien decide mudarse para liberarse de la «rutina monótona de cada día, las dificultades de todos los momentos y los acaeceres, y la inesquivable incomodidad de la ciudad donde se habita y de las gentes que tratamos, con sus aristas y sus manías e influencia de otras vidas sobre las nuestras» (Alonso Zamora 1962: 12), no hace nada más que proceder autónomamente, persiguiendo alternativas a las vanas emulaciones y a la quimérica herencia familiar que le estorbaban el camino. En definitiva, lo único que le queda es marcharse. Pero la desilusión que resultará del enésimo fracaso («me fue peor») le enfrentará una vez más con esa búsqueda incesante de enriquecerse y aparentar que le dejará constantemente en vilo entre insumisión y adaptación.

Pese a que Pablos no conseguirá mejorar su *status* porque ni su origen ni su conducta amoral se lo permitían, cabe decir, además, que tampoco podría volver reafirmado y rico de las Indias: eso supondría un deterioro del sistema jerárquico estamental provocado por descendientes conversos. Se renueva, así, la teoría de Bataillon, que cree como la materia picaresca se interesa y pone de relieve los «tormentos íntimos de determinadas clases privilegiadas» (1969: 211).

Volviendo a nuestro Pablos, su mudanza de sitio deja entrever, en última instancia, también «una vaga luz de esperanza, de volver a empezar, aliento de vida que no se resigna a caer en un silencio definitivo» (Alonso Zamora 1962: 11). Sin embargo, por la condena a la que le someterá el autor será siempre el «eterno protagonista de la vida errada, de la falta de suerte, del esfuerzo inútil, del nomadismo sin gloria» (Del Monte 1971: 11). Por ser así, nuestro protagonista seguirá viviendo en la falsa conciencia, en un tiempo de silencio, de frustración, de incapacidad de acción que le dejará como única posibilidad de vida la resignación, la que, ausente en el *Lazarillo*, desde la perspectiva del autor representará el fracaso definitivo y metáfora de su incapacidad de controlar su destino, como ya anticipado en los episodios advertidores de la caída de caballo.

En conclusión, Pablos descubre el principio barroco del contraste y del conflicto que se manifiesta entre el destino y la libertad del individuo, entre la apariencia exterior y la verdad interior que llevan, por fin, a una perpetua situación de represión e inadaptación. Esta condición del personaje literal se convierte, así pues, en la misma frustración del hombre moderno que hoy en día sigue luchando continuamente con su entorno para perseguir aún una posible afirmación individual.

## Bibliografía

- Agüera, Victorio G., «Nueva interpretación del episodio “rey de gallos” del *Buscón*», *Hispanófila*, 49 (1973), p. 33-40.
- Alonso Zamora, Vicente, *¿Qué es la novela picaresca?*, Buenos Aires, Columba, 1962.
- Anónimo, *Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, Madrid, RAE, 2011.
- Ayala, Francisco, *Experiencia e Invención*, Madrid, Taurus, 1958.
- Bataillon, Marcel, *Pícaros y picaresca*, Madrid, Taurus, 1969.
- Bennassar, Bartolomé, *La España del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1983.
- Cervantes, Miguel de, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Madrid, RAE, 2013.
- Correa, Gustavo, «El héroe de la picaresca y su influencia en la novela moderna española e hispanoamericana», *Thesaurus*, 32 (1977), p. 75-94.
- Cros, Edmond, *L'aristocrate et le Carnaval des Gueux. Étude sur le «Buscón» de Quevedo*, Montpellier, Université Paul Valéry, 1975.
- Del Monte, Alberto, *Itinerario de la novela picaresca española*, Barcelona, Lumen, 1971.
- Díaz Migoyo, Gonzálo, *Estructura de la novela. Anatomía de «El Buscón»*, Madrid, Fundamentos, 1978.
- Domínguez Ortiz, Antonio, «Picaresca y marginación social en la obra de Maravall», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477-478 (1990), p. 313-322.
- Dunn, Peter N., «El individuo y la sociedad en *La vida del Buscón*», *Bulletin Hispanique*, 52 (1950), p. 375-396.
- Fernández Mosquera, Santiago, «Quevedo y los santos», *Críticón*, 92 (2004), p. 7-37.
- Garrote Pérez, Francisco, «Reflexiones en torno a la picaresca y el *Buscón* de Quevedo», J. María Nieto Ibáñez (ed.), *Lógos hellenikós. Homenaje al profesor Gaspar Morochó Gayo*, León. Universidad, 2003, vol. 2, p. 951-958.
- Girard, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, Barcelona, Anagrama, 1985.
- González, Mario M., «La ficción dentro de la ficción en el *Buscón* de Quevedo», en Juan Villegas (ed.), *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Irvine, University of California, 1994, vol. 5, p. 52-58.
- Johnson, Carroll, «*El Buscón*: Don Pablos, Don Diego y Don Francisco», *Hispanófila*, 51 (1974), p. 1-26.
- Lázaro Carreter, Fernando, «Originalidad del *Buscón*», en *Estilo barroco y personalidad creadora*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 77-88.
- Lázaro Carreter, Fernando, «Para una revisión del concepto “novela picaresca”», en Carlos H. Magis (coord.), *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*, México, Asociación Internacional de Hispanistas, 1970, p. 27-45.
- Lázaro Carreter, Fernando, *Estilo barroco y personalidad creadora: Góngora, Quevedo, Lope de Vega*, Salamanca, Anaya, 1966.

- Maldonado Araque, Francisco Javier, «Mudando mundo y tierra Don Pablos y el cambio de lugar. Análisis textual e ideológico del fracaso del Buscón», *Voz y letra*, 21 (2010), p. 23-34.
- Maravall, José Antonio, *La letteratura picaresca: cultura e società nella Spagna del '600*, Genova, Marietti, 1990.
- Molho, Maurice, «Cinco lecciones sobre el *Buscón*», en *Semántica y poética. (Góngora y Quevedo)*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 89-131.
- Molho, Maurice, «Más sobre el picaresmo de Quevedo», *Mester*, 9 (1980), p. 39-54.
- Mollfulleda, Santiago, «Origen y evolución de la máxima “Nunca mejora de estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres”», en Manuel Ariza Viguera (ed.), *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua española*, Madrid, Pabellón de España, 1992, Vol. 2, p. 763-776.
- Paradela Jiménez, Rosa María, «La lectura del *Lazarillo* en la escritura del *Buscón*. Notas sobre el episodio del *Dómine Cabra*», *Epos*, 15 (1999), p. 137-148.
- Parello, Vincent, «Les stratégies d'intégration sociale de Pablos dans le *Buscón*», *Langues néo-latines*, 344 (2008), p. 5-24.
- Parker, Alexander, «The Psychology of the *Pícaro* in *El Buscón*», *The Modern Language Review*, 42 (1947), p. 58-69.
- Parker, Alexander, *Los pícaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa (1599-1753)*, Madrid, Gredos, 1971.
- Pérez, Joseph, «La literatura picaresca desde la historia social», en Joseph Pérez (ed.), *De l'humanisme aux lumières*, Madrid, Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 2000.
- Ynduráin, Domingo, «Introducción», en Francisco de Quevedo, *La vida del Buscón*, ed. Domingo Ynduráin, Madrid, Cátedra, 2000, p. 13-83.
- Quevedo, Francisco de, *La vida del Buscón*, ed. Fernando Cabo Aseguinolaza, Barcelona, Círculo de Lectores; Galaxia Gutenberg, 2011.
- Quevedo, Francisco de, *Obras Completas en prosa*, ed. Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1945.
- Randall, Dale B. J., «The Classical Ending of Quevedo's *Buscón*», *Hispanic Review*, 32 (1964), p. 101-108.
- Redondo, Agustín, «Del personaje de don Diego Coronel a una nueva interpretación de *El Buscón*», en Máxime Chevalier; François López; Joseph Pérez; Noël Salomon (ed.), *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas*, II, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1977, p. 699-711.
- Rodríguez Mansilla, Fernando, «Émulo de Guzmán de Alfarache y tan agudo y gracioso como Don Quijote: el lugar del Buscón en la picaresca», *Etiópicas*, 1 (2005), p. 171-188.
- Roncero López, Victoriano, «El pícaro sigue al conquistador: Pablos surca los océanos», *Revista de literatura*, 71 (2009), p. 609-626.
- Rubio Árquez, Marcial, «De *La vida de la Corte* a *La vida del Buscón*», *La Perinola*, 10 (2006), p. 287-296.

Ruffinatto, Aldo, «El viaje a Madrid de don Pablos, llamado el Buscón», *Edad de oro*, 17 (1998), p. 177-194.

Spitzer, Leo, «Sobre el arte de Quevedo en el *Buscón*», en Gonzálo Sobejano (ed.), *Francisco de Quevedo. El escritor y la crítica*, Madrid, Taurus, 1978, p. 123-184.

Unamuno, Miguel de, *Niebla*, ed. Mario J. Valdés, Madrid, Cátedra, 2007.

Walde Moheno, Lilian von der, «Quevedo y los cristianos nuevos: un estudio sobre *El Buscón*», en *Signos. Anuario de Humanidades 1992*, I, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, p. 275-283.

Williamson, Edwin, «The Conflict between Author and Protagonist in Quevedo's *Buscón*», *Journal of Hispanic Philology*, 2 (1977), p. 45-60.